



07 MAR ADENTRO – RUTA DE VIAJE 2

EUCARISTÍA Y CONFESIÓN

¡Queridos todos, querida tripulación, seguimos aquí! Hoy vamos a hablar un poquito del segundo paso en esta Hoja de Ruta, es la segunda cosa que queremos vivir y hacer, que tiene que ver -como ya saben de la vez anterior-, lo primero, el **deseo de santidad** que no tenemos que perderlo nunca, que es el objetivo principal. Y ese deseo de santidad no es otra cosa que **vivir según las exigencias del Bautismo**, lo dicho en la primera charlita.

Ahora vamos a hablar de la Eucaristía, de dos sacramentos, después del Bautismo, muy importantes que son la **Eucaristía y la Confesión**. Yo tengo (quizás han escuchado, quizás no; después se lo puedo mandar también en el grupo) una charlita de la Eucaristía -de la Misa-¹, otra de San Ignacio y la Eucaristía,² y otra de la Adoración Perpetua³. Son tres charlas bastante largas en el canal. Y también tengo una charlita sobre la importancia de la Confesión frecuente, siguiendo a San Ignacio.⁴

Yo, ahora, voy a encarar estas dos cosas con respecto a nuestro Derecho propio, al Directorio de Tercera Orden, y también diré algunas cosas de San Ignacio; porque San Ignacio es parte de la espiritualidad que tenemos como Instituto del Verbo Encarnado, con nuestra Familia religiosa; y es parte de lo nuestro porque nos conocimos por San Ignacio; nos conocimos por los Ejercicios, en la gran mayoría de los casos.

En primer lugar, voy a hablar de la Eucaristía. **La Eucaristía puede entenderse como Sacrificio**, como la Misa; **como Sacramento**, como Sacramento que se adora porque Jesús queda presente; o como se recibe, la Comunión. Hablando en general y entroncando la Eucaristía con el misterio principal que nos identifica, que es la Encarnación del Verbo, en el Directorio de Tercera Orden, dice así, hablando del Fundamento, el padre Buela:

[Fundamento] “Como miembros de la familia del Verbo Encarnado, desee participar en la medida de la propia condición, del espíritu y de la vida que la rige, -a la familia del Verbo Encarnado- de aquí que también quiera fundarse en Jesucristo, que ha venido en carne (I Juan 4, 2)...”. (**Directorio TOS, n. 8**).

Está poniendo el Fundamento que es Cristo. Y vamos a ver cómo de ahí salta a la Eucaristía: Jesucristo, que ha venido en carne, Él es el Fundamento, sólo Cristo. De hecho, el padre Buela, cuando habla en este librito que ya varias veces he nombrado, “El

¹ [▶ El Sacrificio de la Santa Misa - P. Gustavo Lombardo - 5ª Semana](#)

² [▶ La Santa Misa y San Ignacio. Ejercicios Ignacianos](#)

³ [▶ San Ignacio, la Eucaristía y la Adoración Perpetua](#)

⁴ [▶ La confesión por devoción. Ejercicios Espirituales de San Ignacio](#)



Señor es mi Pastor”, que es como su testamento, - (en realidad, el testamento propiamente hablando del padre Buela es un libro más gruesito que este, que se llama “El arte del Padre”, que habla sobre Jesucristo. Eso es como lo último que escribió como para entregarnos. Le pidieron después que haga un testamento, una cosa donde vaya contando un poco más detalles de su vida. Y es este otro libro que ya les he nombrado, que también tiene textos de él, de predicaciones y demás)-, y cuando habla de la Congregación, de la Fundación, al comienzo dice dónde está nuestra lucha, dónde estaba, qué queríamos. ¿Nuestra lucha estaba en la sotana? No; es importante la sotana, sí, pero no es la lucha la sotana. ¿Nuestra lucha está en el latín? No, tampoco; es importante el latín, sí, pero no es la lucha. Nuestra lucha, por lo cual batallamos y por lo cual queremos formar seminaristas, es que **tengan claro que el Verbo se hizo Carne, esa es la verdad que tenemos que defender, que tenemos que amar.** De ahí surge todo lo demás.

El Fundamento es Cristo:

“...y en sólo Cristo, y Cristo siempre, y Cristo en todo, y Cristo en todos y Cristo Todo. Porque la roca es Cristo y nadie puede poner otro fundamento. Quiere amar ...”. (**Directorio TOS, n. 8**).

Yo digo “queremos” pero el Directorio dice “quiere” porque habla del terciario:

“Quiere amar y servir, y hacer amar y hacer servir a Jesucristo, a su Cuerpo y a su Espíritu. Tanto al Cuerpo físico de Cristo en la Eucaristía, cuanto al Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia, formada también por sus miembros que por la santidad de vida deben llegar a ser ‘otros Cristos’, y por todos los hombres en los que ve al mismo Cristo, en especial los pobres, los pecadores y los enemigos”. (**Directorio TOS, n. 8**)

Servir a Cristo en ellos, en los pecadores, en los pobres y en los enemigos.

“Quiere (el Terciario) también ser ‘como otra humanidad suya’, quiere también que sus miembros sean cálices llenos de Cristo que derraman sobre los demás su súper abundancia...”. (**Directorio TOS, n. 8**)

Yo me quiero detener en eso: de Cristo a la Eucaristía. **Queremos, por amor a Cristo, servir a Cristo en la Eucaristía.** Cristo es la Eucaristía, no separar. No es algo la Eucaristía, sino que es Cristo. Como el fundamento de nuestra fe y el fundamento de nuestra familia religiosa es Cristo, no podemos no tener un amor preferencial por ese Sacramento; porque donde está la Eucaristía, está el Señor. El Fundamento es Cristo. Nosotros queremos servir al Cuerpo físico de Cristo en la Eucaristía. Sabemos que nuestro Señor Jesucristo, como Dios, está presente en todos lados; pero **como Hombre, sólo está presente en la Eucaristía.** No está presente en todos lados como Hombre; sólo allí, en la presencia del todo particular del Señor.

Y en este sentido, del amor a Cristo en la Eucaristía, también en las Constituciones nuestras y en el Directorio de Tercera Orden, se habla del **amor a las tres cosas blancas: la Virgen María, el Papa -el Sumo Pontífice- y la Eucaristía.** Y eso está



tomado de un mensaje, por el quinto centenario de la celebración de la primera Misa en América, de Juan Pablo II, de 1994. El Papa decía:

“Los misioneros en América fomentaron los tres grandes amores que han caracterizado la fe católica de vuestros pueblos: amor a la Eucaristía, amor a la Madre del Salvador, y amor a la Iglesia en la persona del sucesor de Pedro. En estos tres grandes amores encontraréis la luz, fuerza e inspiración necesarias para llevar a cabo la ingente labor de la nueva evangelización que os aguarda”.

Tres cosas blancas: una es entonces de la que estamos hablando ahora, la Eucaristía. Dice el Directorio de la Tercera Orden, citando a Santo Tomás en la Suma Teológica, en dos lugares distintos:

“En la Eucaristía ‘todo el bien común espiritual de la Iglesia se contiene sustancialmente’”. (**Directorio TOS, n. 302**).

Todo el bien de la Iglesia está ahí porque está Cristo. ¡Esto es Cristo! Tenemos nosotros que, -todo cristiano, todo católico, no tenemos nada especial en ese sentido- hacer un hincapié especial en cuanto que el Misterio de la Encarnación de manera especial se representa, lo tenemos cerca, -representa en sentido profundo; no como una representación de una obra de teatro, ¡no, no!-, se hace presente de algún modo, de algún modo. Cada Misa es una nueva Encarnación. ¿Por qué? Porque, otra vez, Cristo se hace presente bajo las apariencias en este caso de pan y de vino; pero es el mismo Cristo que se encarnó en el seno de la Santísima Virgen María.

“... el fundamento más profundo de nuestra unidad con todos los cristianos,” es la Eucaristía y especialmente “con los demás miembros de la familia del Verbo Encarnado...”. (**Directorio TOS, n. 308**).

En este sentido, dedica -yo no los voy a leer a todos- varios números el Directorio para hablar de que la unión, -que a veces es un aspecto de la Eucaristía que se nos pasa un poco, que San Pablo lo menciona y es parte de la verdad de nuestra fe-, de que **la Eucaristía forma la unidad de nuestra fe**, no solamente porque sacamos el amor, y el amor es unitivo, sino también por una realidad -si se quiere también, mística- en cuanto que, **como todos compartimos un mismo Pan, somos un mismo Cuerpo**. Así como nuestro cuerpo se alimenta de un mismo pan y es un bien para todo; físicamente hablando, para todo el cuerpo, porque yo me alimento por la boca de algo y es para todo el cuerpo, porque soy una sola cosa. No puede enojarse la mano y decir: “¡Eh! ¿Por qué alimentas la boca y a mí no me...?” No; sería una estupidez pensar eso.

Así de estúpido tendría que ser cuando no tenemos caridad con los otros miembros del Cuerpo Místico, porque son miembros del mismo Cuerpo de Cristo: **Cuerpo Místico**. Y eso nos tendría que, si bien nosotros pasamos a comulgar y recibimos todos una Hostia, cada uno, en realidad estamos recibiendo lo mismo. Estamos comiendo el mismo Pan y, por eso, somos parte del mismo Cuerpo. Eso es una cosa para meditar un poquito. Si nosotros pudiéramos ver místicamente, es decir, el misterio de la Comunión



en cada Misa, nos uniríamos mucho más, porque nos daríamos cuenta hasta qué punto somos miembros del mismo Cuerpo. Y cuando yo me enojo o le falto la caridad a un miembro de la Iglesia, es lo mismo que un cáncer. ¿Qué es el cáncer? Son células que se rebelan contra el mismo cuerpo. Eso lo da la Eucaristía. Y la unión que da la Eucaristía como Iglesia, nos la da también como miembros de esta pequeña Iglesia que es la Tercera Orden, que es Mar Adentro.

Va a decir también el Directorio, citando aquí a Juan Pablo II:

“En la Eucaristía, **la lógica de la Encarnación** alcanza sus extremas consecuencias”. (Directorio TOS, n. 308).

En todo sentido y también en este sentido de la unidad porque Cristo, al hacerse hombre, hace una unión de todos los hombres. Porque, después, en todos está Cristo también, místicamente hablando: *“Lo que hacéis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hacéis”*, dice el Señor. Antes Dios nunca dijo eso, lo pudo decir después de encarnarse: La Eucaristía que brota de este Misterio, del Misterio de la Encarnación. Repito lo de Juan Pablo II: “En la Eucaristía, **la lógica de la Encarnación** alcanza sus extremas consecuencias”. Es muy fuerte esto porque, cuando hablemos de otros aspectos de la Encarnación, de otras consecuencias, siempre tenemos que saber cómo hago para vivir yo estas virtudes que Cristo me enseña en la Encarnación. En la Eucaristía, ahí encuentro al Señor, ahí encuentro un sacrificio, ahí encuentro todo lo que implica, o debe implicar, la Encarnación para mi vida.

Dice el Directorio:

“También se debe crecer en la participación activa en los Sagrados Misterios, especialmente de la Eucaristía, que ‘es el culmen de la oración cristiana’ -citando al Concilio-. Para esto se requiere una auténtica educación litúrgica, que lleva cada vez más a una participación ‘plena, consciente y activa’ -también es del Concilio- en la misma. Por tanto, es necesario que todos los terciarios participen frecuentemente de la celebración eucarística, que se identifiquen con el mismo Cristo sacrificado, viviendo en plenitud el oficio sacerdotal heredado en el Bautismo”. (Directorio TOS, n. 521).

Ya lo hemos dicho, pero es simplemente para puntualizarlo, sin concretizar nada; ya lo diremos. Tratamos con estos puntos de bajar al concreto alguna cosa, veremos que en algunas se puede bajar un poco más, o no. Cuando hablemos de la Confesión, yo voy a decir algún tipo de periodicidad. En la Misa: Misa semanal y alguna Misa, si uno puede, Misa, todos los domingos; y si puede, alguna Misa en la semana; y si puede todos los días, mejor. Lo mínimo, vamos a lo mínimo, que a veces por el trabajo no se puede más que eso. Lo mismo diremos algo parecido de la Adoración.

Lo importante es el espíritu que está de fondo acá: Y es que yo tengo que lograr una participación cada vez mejor de la Misa. “Participación plena, consciente y activa”, que para mí eso signifique que me quiero entregar con Cristo, que me quiero sacrificar con



Cristo. Eso es la Misa para nosotros, es la Misa para la Iglesia. Si yo soy consciente que voy a la actualización y perpetuación del mismo sacrificio de Cristo, no puedo hacer otra cosa que convertirme en víctima con la Víctima, no puedo hacer otra cosa que ofrecerme a Dios Padre junto con Cristo.

Y en ese sentido, por ejemplo, escuché hace unos días una charla -en algún lugar del mundo-, una charla que estaba bien, la ha dado un sacerdote, un monje; bien la liturgia, linda charla, interesante. Pero al final dijo algo que a mí me parece que no ayuda en todo esto, y dijo: -yo entiendo el espíritu que lo mueve, pero me parece que si lo dice así-nosotros, decía, tenemos que participar de la Misa de tal manera que “la pasemos bomba”, que la pasemos muy bien. Dijo así, que “la pasemos bomba”. Yo entiendo lo que quería decir; es cierto que uno tiene que participar de la Misa. La Misa tiene que ser una cosa hermosa para nosotros; pero ese “pasarla bomba”, me parece, es quitarle fuerza a que **yo voy a la Misa a entregarme con Cristo**. Es cierto que la Misa también perpetúa la Resurrección del Señor; pero no hay duda que estamos hablando de un **Sacrificio** y eso es lo central de la Misa. En la primera charlita que yo di -que les debo las demás sobre la Misa, la primera que puse; todavía no puedo grabar las otras- todo lo que hago es decir que la Misa es un Sacrificio, la Misa es un Sacrificio, la Misa es un Sacrificio; y que es lo que con mucha fuerza el padre Buela también dice en el libro de “Nuestra Misa”.

Nosotros tenemos que profundizar en lo que podamos; cada uno verá en conciencia si puede leer algún libro cada tanto sobre la Misa -una vez por año, cada dos o tres años-; pero, sobre todo, en lo concreto de mi día a día, de ir a la Misa con ese espíritu: **voy a entregarme con Jesús**, voy a ser esa gotita de agua que cae en el cáliz, desaparece en el vino, porque ese vino después será Jesús, me voy a morir a mí mismo, voy a elevar todo lo bueno que Dios me ha dado para que sea realmente una cosa santa. Entender que la Misa es un Sacrificio, es muy importante para nosotros para entender lo sagrado de la Misa.

La Eucaristía -y aquí el padre Buela va citando a Santo Tomás- **es simultáneamente Sacrificio y Sacramento**, e inmediatamente da la razón, dice Santo Tomás: “Tiene razón de Sacrificio en cuanto que se ofrece; tiene razón de Sacramento en cuanto se recibe”. Incluso, cuando yo recibo la Comunión, el aspecto sacrificial no es menor: me uno al Sacrificio de Cristo, me uno por la Comunión.

Pablo VI:

“Sacrificio y Sacramento pertenecen al mismo misterio y no se pueden separar el uno del otro. El Señor se inmola de manera incruenta en el Sacrificio de la Misa que representa el Sacrificio de la Cruz, y nos aplica su virtud salvadora cuando, por las palabras de la consagración, comienza a estar sacramentalmente presente como alimento espiritual de los fieles bajo las especies del pan y del vino”. (*Mysterium Fidei*, n. 5)

Por último, en esto del Sacrificio, cito al Concilio Vaticano II hablando del Misterio, -porque también, como si el Concilio hubiera cambiado nuestra fe, y no es cierto-:



“Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que lo traicionaron, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y su Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz y a confiar a su esposa la Iglesia el memorial de su muerte y su resurrección”.

En este sentido, lo he escuchado más de una vez, que se dice: “Para todo, Misa”, “Para todo, Misa”, “Para todo, Misa”, “Hay otras cosas que puede hacer la Iglesia, como rezar la Liturgia de las Horas”. Es cierto que hay que ver en qué contexto; puede ser que en algún caso no haya que hacer una Misa; pero siendo la Misa lo más sagrado que tenemos, siendo la Misa donde más gloria se da a Dios, y donde más se santifica el hombre, en una actividad de la Iglesia donde se podría celebrar una Misa... No se va a hacer una Misa, no sé, nos juntamos a hacer un campeonato de fútbol para juntar fondos; no hace falta que haya una Misa ahí.

Hay muchas otras cosas. ¿Cómo no va a estar la Misa? En un retiro, un ejercicio espiritual: ¿cómo no va a estar la Misa todos los días? ¿Cómo no va a estar la Eucaristía presente? De hecho, a mí me gusta siempre empezar el Ejercicio -porque a veces hay gente que dice ‘No, yo no...’, ‘Voy a llegar tarde’, ¿hacemos Misa o no hacemos Misa?’ -. ¡No, no, no! ¡El retiro empieza con la Misa! Porque si no hay Misa, sobre todo en las casas de retiro donde no está el Santísimo, ¡no está Jesús! No vamos a empezar el retiro si no está Jesús. Tiene que estar Jesús. Y si a Misa llegan tres de los veinte, no importa; pero llegan y está Jesús. Si no hay Misa, no está Jesús. Necesitamos a Jesús con nosotros.

Monseñor Fulton Sheen, ese gran obispo de Estados Unidos que hemos mencionado otras veces, no predicaba ningún retiro si no estaba el Santísimo Sacramento. Él predicaba en la Iglesia; puede ser opinable; uno puede predicar en otro lado un retiro, -a veces hasta uno puede tener una pizarra, tiene ciertas facilidades para la gente también poder escribir en una mesa-, eso es opinable; pero lo fuerte, lo que él quería transmitir, es que no hablaba si no estaba Jesús; él no hablaba. Y una vez, era un retiro para sacerdotes, y no estaba el Santísimo Sacramento. Llegó, y no estaba. Y no empezó. Tuvieron que esperar bastante a que lo trajeran de otra Iglesia; no empezó a hablar si no estaba Jesús. Sin Jesús en un retiro, él no hablaba.

Dice así, entre otros, el Concilio de Trento:

“Una y la misma es la Víctima”, de la Misa y del Calvario, “lo mismo que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, se ofreció entonces en la Cruz. Solamente el modo de hacer el ofrecimiento es diverso”.

Una víctima, sólo cambia el modo. Por eso, va a decir el Concilio Vaticano II:

“Cuántas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la Cruz, en que en nuestra Pascua Cristo ha sido inmolado, se efectúa la obra de nuestra redención”.

Y aprender, entonces, a entregarme con Jesús, a entregarme con Jesús, a entregarme con Jesús. Que mi día, mi sufrimiento, me hagan pensar en la Misa a la que voy a ir. Estoy sufriendo esto: Señor, lo voy a entregar Contigo al Padre; tengo esta alegría: la voy a



entregar también Contigo al Padre en la Acción de Gracias con mayúscula que es la Santa Misa.

Dice Juan Pablo II:

“Nuestra humilde entrega, insignificante como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda, se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la Oblación de Jesús”.

De hecho, dice Juan Pablo II en otro lugar, que “el mundo es como una gran patena”; la patena donde se pone la forma eucarística que después es la Eucaristía; el pan, la hostia que después es la Víctima, que después es Jesús. Todo el mundo es una gran patena, y así vivía San Juan Pablo II su día y su Misa.

El padre Buela va a decir cómo la idea es vivir en lo posible como los santos hacían: la mitad del día agradeciendo la Misa que viví, o preparándome para la Misa que voy a vivir, -depende si la Misa es a la mañana o a la tarde-, mitad del día agradeciendo, mitad del día preparándome, pensando en la Misa. O, en la semana, recordar que el domingo voy a ir a Misa, que me voy a tener que entregar con Jesús.

El padre Hurtado, Santo:

“Hacer de la Misa el centro de mi vida; prepararme a ella con mi vida interior, mis sacrificios, que serán hostias de ofrecimiento; continuarla durante el día; dejándome partir y dándome en unión con Cristo”. Y frase inmortal: **“Mi Misa es mi vida, y mi vida una Misa prolongada”**.

San Ignacio, ya está en los vídeos, la importancia que él le daba a la Misa, cómo Dios lo suscitó para hacerle frente a la reforma protestante -a la mal llamada “reforma”, a la herejía protestante, a la revolución protestante-; por eso, como Lutero hablaba pestes (perdón que diga esa palabra), hablaba pestes de la Misa, de la Santa Misa, pestes, San Ignacio no solamente habla maravillas de la Misa, sino que vive maravillas en la Misa. No sé -todavía hay mucho por leer- si hubo santo que viviera -el padre Pío, sí- pero al nivel del padre Pío, lo que se conmovía; San Ignacio, lo que lloraba en la Misa, no podía celebrar más de una Misa por día, porque se podía morir de toda la mística que vivía. Ya lo hemos escuchado, lo hemos dicho. La mística ignaciana es esencialmente eucarística.

Si lo queremos bajar al concreto, no puedo bajar al concreto y decir: ‘¿Qué vamos a hacer en Mar Adentro? ¿Ir a Misa semanal?’ Sí, todos los domingos. Claro, si no quiero ir a Misa semanal, ya tenemos un problemita bastante serio. **Todos los domingos, o los sábados a la tarde**, eso no puede faltar. En la medida de lo posible, según cada uno, sin escrúpulos, porque muchas veces depende del deber de estado; es más santificante estar en la casa cuidando a los hijos, estar en el trabajo, lo que tengo que hacer, lo que cada uno tenga que hacer, que estar en Misa; porque si es mi deber de estado y no puedo ir a Misa, no puedo ir. Pero **en la medida de lo posible, si puedo ir a alguna Misa más semanal, o si puedo ir a Misa todos los días, mucho mejor**, porque la Misa es cada vez más el centro de mi vida. Si el tiempo me da y el estado de vida me da, no es un lujo



tener Misa todos los días; no es que vos decís “¡Guau, que soy un santo!” No, no; son las exigencias del Bautismo. Necesito el pan cotidiano de la Eucaristía, necesito darle gloria a Dios. Necesito la Misa, la necesito. Cada uno verá con prudencia. Sabréis que San Isidro Labrador, por ir a Misa todos los días, eligió un trabajo menos remunerado, para poder ir a Misa todos los días; un día, la Misa fue más solemne y llegó tarde, y estaba como preocupado porque tenía que arar el campo, y los ángeles le habían hecho la tarea. Son principios que podemos tener, dentro de lo que es imitable, de los santos; puedo considerar a ver si me pierdo algún dinero; cada uno verá; tengo una familia que mantener; tengo que llevar la comida a mi casa. Pero sí hay criterios, otros criterios, que me pueden hacer la indiferencia ignaciana: si este trabajo me va a permitir ir a Misa y este no; y con éste puedo vivir y éste también, simplemente que no tan holgado. No sé, cada uno verá. Que pueda estar dentro de hacer algún esfuerzo, algún sacrificio por ir a Misa, lo más seguido que pudiera.

Y, en este sentido, la Eucaristía también implica la **adoración al Santísimo**. Tampoco podemos bajar y decir que los miembros de Mar Adentro tienen que.... No. Tienen que sí, en lo posible, visitar al Señor en la Eucaristía. Recién nos decía uno que venía de agradecer al Señor, de hacer la compra del mercado y agradecer al Señor, y estaba con el hijito. Que Jesús está en la Eucaristía, podamos visitarlo alguna vez en la semana, hacer alguna -si hay alguna Capilla de Adoración cerca- poder tener una hora que sea nuestra. En este sentido, no es lo mismo ir a la Capilla -que está excelentemente bien- que tener una hora que sea mía. No es lo mismo por el compromiso que tengo yo con el Señor, y que me obligo a estar con Él. Y no es lo mismo para los que organizan la Capilla de Adoración. Nosotros tenemos una Capilla de Adoración aquí y a veces nos gustaría que haya gente que se comprometiera, porque nos daría una mano, porque a veces, no es tan fácil y no se comprometen. No juzgo, cada uno tendrá sus motivos; pero si se puede, hacer un esfuerzo. Tengo una Capilla de Adoración y voy cada tanto: pensar si no me cabe una horita a la semana para regalarle al Señor, que sea mi hora de Adoración, que sea mi momento con el Señor. Y si es de noche, hasta mejor. Si es de día también está excelente. Ni que hablar, dentro de la vida eucarística, de fomentar que se haga una Capilla de Adoración Perpetua en alguna parroquia donde estén, hablar con el párroco.

Ya hablé de eso en una charla que di sobre San Ignacio y la Adoración Perpetua, cómo él, si hubiera habido Capillas de Adoración Perpetua en su tiempo, las hubiera fomentado. No las fomentó porque no había exactamente eso, pero sí fomentó la Adoración, la vivió y la fomentó grandemente; de hecho, la primera o la segunda Cofradía del Santísimo Sacramento en España fue por una carta que mandó él a los de Guipúzcoa, a los de Loyola. En esa carta les dice:

“Os pido, requiero y suplico por amor y reverencia a Dios nuestro Señor, con muchas fuerzas y con mucho afecto, os empleéis en mucho honrar, favorecer y servir a Su Unigénito Hijo, Cristo nuestro Señor, en esta obra tan grande del Santísimo Sacramento donde su Divina Majestad, según divinidad y según humanidad, está tan grande y tan entero y tan poderoso y tan infinito como está en el Cielo”.



En nuestras Constituciones dice así el padre Buela, pero citando extensamente a San Pedro Julián Eymard que, como saben, es el fundador de los Sacramentinos, una orden religiosa que se dedicaba, se dedica, -pero son bastante pocos ahora, no sé si lo logran hacer en algún lugar del mundo, ojalá que sí, donde yo conocí, ya no podían hacerlo- a que sus religiosos adoraran al Santísimo Sacramento todo el tiempo, como una Capilla de Adoración pero por religiosos, lo que era más común antes, incluso:

“Adorar al Santísimo Sacramento es el acto más excelente, pues comparte la vida de María en la tierra, cuando le adoraba en su seno virginal, en el pesebre, en la Cruz o en la divina Eucaristía. El más santo, ya que es este el ejercicio perfecto de todas las virtudes: de la fe, la cual es perfecta y completa cuando adora a Jesucristo oculto, velado y como anonadado en la Santísima Hostia; esperanza, ya que para que pudiésemos esperar pacientemente el cielo de la gloria, y para conducirnos a él, creó Jesucristo el hermoso cielo de la Eucaristía; caridad, pues como el amor es toda la ley, toda ella se cumple al adorar a nuestro Dios y Señor en el Santísimo Sacramento con toda la mente, con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas; adorando también se puede practicar la caridad perfecta con el prójimo, orando por él e implorando en su favor las gracias y misericordias del Salvador; el acto más justo, por último: adoramos a Jesucristo por aquellos que no le adoran, le abandonan, le olvidan, le menosprecian y le ofenden”. **(Constituciones, n. 139).**

Hasta ahí, y un poco más largo, esto del amor a Cristo en la Eucaristía, la centralidad de la Misa y de la Adoración, de la visita al Santísimo. Mucho más habría para decir, pero es simplemente presentar cómo queremos y, repito, la Misa con ese matiz tan importante de que es un Sacrificio. Después, cada uno verá, incluso, cómo hacer donde está, en su parroquia, para ayudar a hermostrar la Misa: que sea más sagrada, el canto litúrgico, los ajuares. Cada uno verá ese aporte. Es importante en la Misa el sacerdote que la celebra; pero los laicos colaboran de una manera o de otra, y es muy importante lo que cada uno puede hacer en ese sentido.

En este segundo paso, en esta segunda indicación de la Hoja de Ruta, está el Sacramento de la Penitencia, la Confesión. Y primero, como hacíamos recién con la Eucaristía, que la entroncábamos con el Misterio de la Encarnación, vamos también a entroncar éste.

¡Ah!, perdón. Una cosa no menor que quería leerles, hablando de la Eucaristía. Dice el padre Buela -no de la Eucaristía, sino en general, pero lo aplico; esto está en el libro éste que mostraba, pero a su vez está en otro libro que es para las Servidoras, para las monjitas-, dice:

“Parte integral, esencial de nuestro carisma, es la Pasión de nuestro Señor Jesucristo”.

“Parte integral, esencial de nuestro carisma, es la Pasión”. La Pasión, de hecho, uno ve cuando el padre Buela habla de la vida de Cristo en las Constituciones y demás,



siempre la Pasión es la parte más larga, se nos ha enseñado que **el apostolado es cruz**, todas las cosas que hemos ido diciendo y seguiremos diciendo.

Una manera de darle importancia a la Pasión de Cristo, -hay otras maneras-, pero una manera principalísima es vivir la Misa como se debe vivir. Porque no la tenemos nunca tan cerca a la Pasión de Cristo como en la Misa. Si yo quiero darle importancia al Misterio de la Pasión del Señor, que sea esencial en mi vida, tiene que ser esencial el Santo Sacrificio de la Misa.

Antes de hablar de la Penitencia como Sacramento, voy a decir algo de la **virtud de la penitencia**, que tiene que ver con el arrepentimiento de nuestros pecados, tiene que ver con la mortificación. Dice el número 66 del Directorio de Tercera Orden:

“Las dos naturalezas, (de Cristo: la humana, y la divina), íntegras y perfectas, del Verbo Encarnado nos recuerdan la doble realidad, sobrenatural y natural, de lo creado, y por tanto, la real distinción (estas cosas son muy importantes, las iremos tratando) entre gracia y naturaleza, fe y razón, Iglesia y mundo, que no deben confundirse, ni cambiarse, ni mezclarse, ni absorberse, ni subsumirse”. **(Directorio TOS, n. 66).**

Muchas cosas donde hay confusión, no hay claridad, es porque pasó algo de esto, porque no se supo distinguir bien estas cosas: naturaleza y gracia, fe y razón, etcétera. Y la luz de eso nos viene, sobre todo, del misterio del Verbo Encarnado.

“No hay que mezclar lo humano con lo divino, que es un género de mezcla del cual no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Nos mueven (también estas dos naturalezas del Señor) a la práctica de las virtudes aparentemente opuestas respetando sus esencias y evitando todo falso monismo gnóstico, por ejemplo, justicia y amor, (no se contraponen), firmeza y dulzura, fortaleza y mansedumbre, santa ira y paciencia, pureza y gran afecto, magnanimidad y humildad, prudencia y coraje, alegría y penitencia, etc. La elevada santidad es la unión eminente de todas las virtudes, aun las más diversas”. **(Directorio TOS, n. 66).**

La penitencia es una virtud que tenemos que aprender a practicar tomándola del Misterio del Verbo Encarnado, pero no contrapuesta en ningún sentido a la alegría. Es más, en esto del Sacramento de la Penitencia, nada nos da tanta alegría, después de hecho, al menos, -antes puede ser que no tanto-, ir a confesarme (capaz que no me gusta tanto); pero es parte, justamente, del sacrificio que hago, Dios me regala. Virtud de la penitencia que lo concretizamos en el Sacramento de la Penitencia y que no se contrapone en absoluto con la verdadera alegría, sino todo lo contrario.

Hay un momento del Directorio de Tercera Orden que va hablando, haciendo algunas aclaraciones, comentando los Misterios de la Vida del Señor. La semana pasada habíamos visto el Misterio del Bautismo y de ahí habíamos tomado para el Bautismo nuestro. Y acá, comentando el ayuno del Señor, el padre Buela nos enseña también de esta virtud de la penitencia:



“Es esencial a la vida cristiana, y por tanto debe serlo en nuestra espiritualidad, la práctica de la penitencia: *‘Si no hicieréis penitencia, todos igualmente pereceréis’* (Lc 13,3). Sobre todo la penitencia interna, la *metanoia*, o sea, la íntima y total mudanza y renovación de todo el hombre y de todo su sentir, juzgar y disponer”. (**Directorio TOS, n. 110**).

La conversión, la “metanoia” significa “cambio de mente”. Eso es como dice San Ignacio: la penitencia se divide en dos, en interna y en externa. La primera es la interna. La externa es fruto de la otra, la externa es fruto de la interna, pero la primera es la interna. La metanoia, la conversión, es lo más importante: es esencial. Vivimos un espíritu de conversión.

“En Cristo se reconoce la santidad de Dios y la gravedad del pecado, por su palabra somos invitados a la conversión y a recibir el perdón de los pecados, dones éstos que, en plenitud, recibimos en el bautismo, y que debemos ‘encarnar’, negándonos a nosotros mismos, tomando la propia cruz y participando en los sufrimientos de Cristo”. (**Directorio TOS, n. 111**).

“Para nuestros terciarios, el santo sacramento de la Reconciliación o Penitencia ocupa un lugar importantísimo en la vida espiritual. Debemos tener devoción a la confesión frecuente, ya que son muchos los frutos que de ella se siguen: ‘...aumenta el justo conocimiento propio, crece la humildad cristiana, se desarraigan las malas costumbres, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del sacramento’. (Pio XII)”. (**Directorio TOS, n. 112**).

Cada una de esas cosas es demasiado importante como para no darle importancia al Sacramento que, aquí, el padre Buela llama el **Santo Sacramento de la Reconciliación o Penitencia**.

“Pero, también, hay que tener sumo aprecio por la penitencia exterior: acerca del comer y del beber, acerca del modo del dormir, ‘dándole dolor sensible’ a la carne. El carácter preferentemente interior y religioso de la penitencia... no excluye ni atenúa en manera alguna la práctica externa de dicha virtud; más aún, exige con urgencia especial su necesidad... Las normas que da San Ignacio deben regular su práctica”. (**Directorio TOS, n. 113**).

“Debemos privilegiar siempre los tiempos -Adviento y Cuaresma- (tiempos fuertes), y los días penitenciales según el precepto de nuestra Santa Madre Iglesia en los que hay que dedicarse en manera especial a la oración, a la práctica de la caridad y de la piedad, a negarse a sí mismo, a cumplir mejor las obligaciones de estado, etc.”. (**Directorio TOS, n. 114**).

Los viernes son días penitenciales, hay que darle esa tónica; si podemos, no comer carne, que es lo que nos pide la Iglesia, aunque las Conferencias Episcopales dicen que se puede cambiar por otro sacrificio, una obra de caridad, etcétera. Si puedo no comer



carne, mejor. En algunos casos, a veces no cuesta comer carne; pero, aunque no cueste, si la Iglesia me lo pide, mejor eso; porque por algo lo dice, me lo pide.

Tener devoción a la Pasión del Señor es acordarse ese día especialmente; en lo posible, se puede rezar Vía Crucis. El viernes tiene que ser un viernes, no puede ser un día igual para nosotros. Tiene que ser un día especial porque pongamos los ojos...; o ayunar, se puede ayunar también los viernes.

Algo más del Directorio:

“Además deben descubrir la belleza y la alegría del sacramento de la penitencia, (eso, en otro momento; alegría y belleza), en un mundo que ha perdido el sentido del pecado y de la misericordia divina...”. **(Directorio TOS, n. 522).**

Las dos cosas se han perdido: sentido del pecado y de la misericordia y acá cita parafraseándolo, -lo que vengo diciendo, desde la “*Pastores Dabo Vobis*” de Juan Pablo II- las dos cosas; aunque muchas veces se hable de misericordia, la grandeza de la misericordia viene de la grandeza del pecado. Yo esto lo he dicho, quizás me han escuchado, perdón que repita: si yo tengo un cáncer y no sé qué tengo un cáncer, y viene un médico y me cura del cáncer, y yo pienso que me está curando una gripe, yo voy a valorar al médico y a su ciencia mucho menos de que si yo sé que tengo un cáncer y me cura de un cáncer. Si yo sé que el pecado es el pecado, la misericordia me va a hacer una cosa súper impresionantemente maravillosa, porque me está curando de algo súper y espeluznantemente malo, que es el pecado. Si el pecado es pisar una flor o una estampita había alguna vez por ahí, la misericordia es sacarme la estampita bajo el pie, ya está. Valorar una cosa y valorar la otra. En este mundo que ha perdido el sentido de una cosa y de la otra, tenemos que descubrir la belleza y la alegría del Sacramento de la Penitencia.

Y aquí, el padre Buela va a citar a la “*Reconciliatio et Paenitentia*”, en dos números, de San Juan Pablo II, una Encíclica también hermosísima. Dice:

“...hay que afirmar que nada es más personal e íntimo que este sacramento en el que el pecador se encuentra ante Dios solo con su culpa, su arrepentimiento y su confianza. Nadie puede arrepentirse en su lugar ni puede pedir perdón en su nombre”. **(Directorio TOS, n .522).**

Y en otro lugar:

“De aquí que ‘suscitar en el corazón del hombre la conversión y la penitencia y ofrecerle el don de la reconciliación es la misión connatural de la Iglesia, continuadora de la obra redentora de su divino Fundador’”. **(Directorio TOS, n. 522).**

Repito: la obra, la misión connatural -es decir, que le es propia a la Iglesia, a su naturaleza- es suscitar la conversión y la penitencia y ofrecerle el perdón a los hombres. ¿Qué es lo que empieza el Señor a hacer cuando empieza a predicar? ¿Qué dice?: “*Convertíos y creed en el evangelio*”. La conversión, la conversión. Por eso, una pastoral que no



hable del pecado y que no hable del perdón, o una conversión mía que no tenga en cuenta estos aspectos, es algo realmente que está equivocado, que no va con la misión de la Iglesia, que no va con la misión del Señor, y que no continúa su obra redentora.

Y aquí, tener presente que es cierto que hoy en día, lamentablemente, no es tan fácil encontrar confesores buenos en el sentido que, a veces, un confesor me puede decir que los pecados veniales no importa confesarlos. En realidad, no hay obligación, pero uno puede confesarse, tiene derecho a confesarse los pecados veniales, por más que sean veniales. Esa es la Confesión por Devoción; tengo una charla en los Ejercicios cuando hablo *in extenso* de eso. También está el tema de la fe. Así como yo puedo ir a una Misa, aunque no sea una Misa hecha así, tan sacra como debería, si no tengo otra, mejor es ir que no ir; salvo que me haga mal, que ya sea una cosa exagerada. Así también con la Confesión. Aunque yo me confiese con algún cura que los consejos que me da, me confiesa rápido; pero el Sacramento está ahí. Si no tengo otro, mejor es eso, mucho mejor es eso que nada. Porque el Sacramento es tal, es Sacramento, es un signo sensible, eficaz, de la gracia de Dios. Yo voy a buscar el Sacramento. El sacerdote es un intermediario; tenemos nuestros defectos, más o menos defectos tenemos, pero tenemos. Pero lo que damos cuando damos el Sacramento es a Jesús, sobre todo porque el que obra es Él. Es más, le ayudamos al sacerdote, aunque a veces pueda refunfuñar un cura porque no me quiere, en el fondo refunfuña porque le estoy tocando la conciencia, porque le estoy diciendo: “Mire que esto hay que hacerlo; también usted tiene que confesarse los pecados veniales”. Y que, si el cura no confiesa, el padre Buela decía: “Sólo el sacerdote que aprovecha del Sacramento de la Penitencia en lo personal es el que tiene la caridad para hacer aprovecharlos a los fieles”. Si yo lo experimento en carne propia, **-la belleza y la alegría de la Confesión frecuente-**, entonces también voy a tener la caridad para que los fieles gocen en más profundidad, en la mayor plenitud de esa palabra, en el Espíritu Santo, del don de la Confesión. Es un deber que tenemos, pero no lo vamos a hacer si nosotros no lo vivimos de manera personal.

El último texto que cito, y después bajo en concreto una cosita; este es el número 531. Dice el padre Buela, siempre en el Directorio de Tercera Orden:

“Queremos formar terciarios que no sean ‘tributarios’, es decir, que no sean obsecuentes”. (**Directorio TOS, n. 531**).

Obrar por obsecuencia es no obrar por convicción ni por principios, sino para quedar bien con alguien, y ese alguien no con mayúscula, no Dios.

“Que vivan en plenitud la reyecía y el señorío cristiano y sacerdotal. Que por tener a Jesucristo sientan resonar a sus oídos (y aquí cita largamente a San Juan de Ávila) ‘Yo (soy) vuestro Padre por ser Dios, Yo vuestro primogénito hermano por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate...’”. (**Directorio TOS, n. 531**).

No sé si se los leí ya una vez o no, lo leí en una charla, pero bueno. Y sigue, hermosísimo:



“... ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y la Confesión pedís cuenta de ellas?”. (**Directorio TOS, n. 531**).

Si estamos confesados, si estamos arrepentidos de los pecados, ¿qué temo deudas con Dios? Alguna vez decía el padre Buela: “No hay que dudar del perdón”. O sea, si la persona está perdonada, está perdonada; ¡ya está! ¿Tenemos fe, o no tenemos fe?

Porque a veces, socapa -y ahí el diablo se disfraza muchas veces como ángel de luz-, socapa de un falso arrepentimiento, que no terminamos de convencernos que estamos perdonados, y no terminamos de aplicar a Dios principios antropomórficos. ¿En qué sentido? En que me parece que Dios me perdona a mí como yo lo perdono al que me hizo una cosa mal. Que, si bien lo perdono, como no soy santo, ¡je! siempre me acuerdo... y me parece que Dios me perdona así, y un santo no perdonaría así. Yo no soy santo, por eso perdono así. Y si un santo no perdonaría así, ¡cuánto Dios! O sea, hay que tener presente...

El Antiguo Testamento dice: “*Cuanto se aleja el oriente del occidente, cuanto dista el cielo y la tierra, así aleja Dios nuestros pecados*” (Sal 103,11-12); “*Dios manda nuestros pecados al fondo del mar*” (Mí 7,19). No hay otra. ¿Qué más? La parábola del hijo pródigo: el hijo pródigo dice: “*He pecado contra el cielo*”. El padre, (perdón, con todo respeto a la parábola, pero lo digo de la parábola, no de lo que significa), el padre de la parábola no era sordo. “Ah, ¿qué querés, hijo? Vení, vamos a comer”. ¡No, no! Escuchó perfecto; no lo dejó terminar al hijo pródigo; no le importaba; le importaba que había vuelto. La compunción del corazón, que es una gracia muy grande el vivir arrepentido, dista mucho de los cargos de conciencia que solemos tener de los pecados de la vida pasada, ya confesados. Es otra cosa, es otra cosa. Porque el arrepentimiento de los pecados de la vida pasada, nos tiene que llevar a amar más a Dios, no a frenarnos. Nos tiene que hacer llorar, pero es un llanto dulce, un llanto que me motiva. Es difícil la línea, y el diablo, por ser viejo y por ser diablo, sabe por dónde molestarnos. Mucho hay que tener ahí ojo de perito y discernir, porque hay muchos falsos arrepentimientos.

¿Por qué digo falsos arrepentimientos? Porque me quitan paz y me quitan amor a Dios, y me parece que es “porque yo soy tan pecador, o he sido tan pecador, que...”; y en realidad ese es el demonio. Por supuesto, he sido pecador; excelente y santificador que es la compunción del corazón y es, en definitiva, aquel “*Contra Ti, contra Ti solo pequé*”, “*Señor, tengo siempre presente mi pecado*”, de David; pero no es fácil distinguirlo, no es fácil distinguirlo. Se mezclan y, muchas veces, es lo otro que decía yo recién: no terminar de darme cuenta que Dios me perdonó, y no tengo idea qué significa que Dios me perdonó. No tengo idea, porque no tengo idea quién es Dios, en cuanto que me supera infinitamente. Lo juzgamos a Dios a un nivel nuestro.

El padre Buela decía: ¿Dios nos perdonó? ¡Nos perdonó! ¿Tenemos fe, o no tenemos fe? Punto. Se acabó.



“... ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y la Confesión pedís cuenta de ellas? Yo vuestra reconciliación, (dice el Señor), ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defensor, ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de Mí? Vuestro mi Cuerpo y mi Sangre”, -sí, lo que dice el Señor, lo Mío es vuestro-, “¿qué teméis hambre? Vuestro mi corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad, ¿qué teméis miserias? Y por accesorio, son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra para que en ella me sirváis, vuestro el cielo porque a él vendréis; vuestros los demonios y los infiernos, porque los hollaréis como esclavos y cárcel; vuestra la vida porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres porque a Mí los referís; vuestras las penas porque por mi amor y provecho vuestro las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona; vuestra es la muerte porque os será el más cercano tránsito a la vida. Y todo esto tenéis en Mí y por Mí; porque lo gané no para Mí solo, ni lo quiero gozar yo solo; porque cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase y en mis dolores y muertes, si por vosotros no queda. ¡No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sabiendas!”.
(Directorio TOS, n. 531).

Y, para bajar al concreto -en esto sí lo queremos bajar más a lo específico-, trataremos de vivir lo siguiente: **mínimo confesión mensual, tratando de apuntar a la confesión semanal**, que es lo que es. Generalmente se entiende -y eso lo explico en la “Confesión por Devoción”, esa charla cuando se habla de Confesión frecuente- también es Confesión frecuente, quincenal. Y, sobre todo, también en esto porque San Ignacio nos lo pide en los Ejercicios. Aún al que hace Ejercicios de la manera más ruda -ya que no se quiera convertir mucho, ya que no le dé la cabecita para mucho meditar- aún a ése, San Ignacio le sugiere - le sugiere al que lo predica, que da los Ejercicios- que le enseñe y que le hable de la Comunión semanal, que en ese tiempo era una “locura”, y de la Confesión semanal, lo dice él, de ocho en ocho días; quiere decir, todos los domingos.

Si **nos subimos a este barco, vamos a ponernos como tope de Confesión: mensual**; en lo posible, claro está. A veces se dice “no puedo”; hay que ver si es realmente un “no puedo” de Tercer Binario, o un “no puedo” de que no pongo todos los medios. Y **apuntando a que sea semanal**, si hubiera cómo, por todas las conveniencias que eso trae; y porque es una de las maneras concretas de vivir la virtud de la penitencia, -lo que decíamos recién-, tomándolo del misterio del Verbo Encarnado; tomándolo del ejemplo del misterio del Señor en su ayuno en el desierto. Es una cosa concreta, concreta, concreta. Me reconozco pecador y hago un acto de penitencia semanal, que a nadie le gusta, a nadie le gusta. Empezando por el que habla: no nos gusta confesarnos. Nos gusta habernos confesado, pero confesarnos no nos gusta. Si a alguien le gusta confesarse, yo aplaudo, porque puede ser que ha llegado a un grado de virtud; pero por lo general, así



somos. Y, por eso, el Señor nos regala la Confesión porque, justamente, no nos gusta; porque va en contra del amor propio. Y eso nos hace mucho bien, nos hace mucho bien, y por eso tenemos que confesar con otro ser de carne y hueso como nosotros, que es lo que justamente no nos gusta. Confesarnos con un Ángel de la Guarda o con el Señor directamente, sería bastante más fácil, y a su vez más difícil, porque nunca sabríamos si realmente estamos perdonados o no, que es lo que el sacerdote nos asegura cuando nos da la absolución.

En este segundo paso en concreto, ¿qué queremos vivir los que subamos a esta barquita? Queremos vivir, en cuanto al segundo paso:

- **la centralidad de la Eucaristía; especialmente, viviendo la Misa como un sacrificio;**
- **dándole importancia, también en lo posible, a todo lo que se refiere a la Adoración al Santísimo Sacramento;**
- **viviendo la virtud de la penitencia, tomándola del Misterio de Cristo, concretizándola en la Confesión mensual, mínimo, y semanal, apuntando a semanal.**

¡Ave María y adelante!

P. Gustavo Lombardo, IVE